

que sólo los desocupados están en condiciones de gozar o de sufrir, cuando las calles y las plazas, la costa y el puerto, les pertenecen exclusivamente, no porque estén solitarios, sino al contrario: porque estando colmados por una multitud que tiene rigurosamente marcados sus circunstanciales y transitorios destinos —se desplazan veloz y epidérmicamente desde y hacia puntos determinados, se ocupan febrilmente de tareas a realizar en lugares ciertos y absurdos— quedan abandonados a su observación desapasionada y crítica. Mis paseos, más que tránsitos por el concreto espacio geográfico de la ciudad que veía, eran viajes nostálgicos por el tiempo, hacia el pasado.

Como no podía ocurrir de otro modo, mis pasos, aparentemente sin destino, pronto terminaron llevándome hacia el sur de la ciudad, hacia donde había vivido casi toda la etapa de mi vida que había transcurrido en Buenos Aires, hacia San Telmo, hacia Barracas, hacia la Boca. Y una tarde me encontré subiendo la barranca del parque Lezama, deteniéndome arriba, frente a Paseo Colón, cerca de la esquina de Martín García. Hasta mí llegaron parsimoniosamente los ruidos del tránsito, distantes, como a través de una ventana que les confiriera, por el tamiz acústico del vidrio, un carácter remoto y apacible. Lentamente me fue invadiendo la misma sensación de calma de otros tiempos, cuando desde la barranca de la plaza San Martín y desde este mismo parque Lezama contemplaba, allá a lo lejos, la vida nerviosa de la ciudad.

Transcurrió un tiempo largo, no sé cuánto, antes de que me diera vuelta para internarme en el parque. A mi espalda vibró, lejana y apagada, la sirena de un barco.

De pronto, en un sendero solitario, me encontré con la estatua de la diosa Ceres y, cerca de ella, un banco vacío me trajo el recuerdo del libro que unos días antes había releído. Era tal vez el banco donde se habían encontrado por primera vez Martín y Alejandra. Sin embargo, en ese momento descubrí que en esta nueva lectura lo que más me había atraído no había sido el personaje del adolescente desamparado, ni el de la fascinante mujer atormentada, ni siquiera el del loco visionario, con todo el magnetismo que los locos geniales suelen ejercer sobre nosotros, ni tampoco el del intelectual contemplativo; habían sido algunos personajes secundarios, a los que les cupo en la historia un papel accesorio, seres simples y no obstante tan representativos de la idiosincrasia de los hombres de la ciudad y del país —Bucich, Hortensia Paz y sobre todo Humberto J. d'Arcángelo—, los que habían dejado en mí una huella más profunda. Recordé una frase, hacia el final de la historia, relacionada con la razón que salva a Martín del suicidio —esa idea de Bruno Bassán acerca

del pelotón al que se debe fidelidad, aunque la causa última de su existencia (la guerra) sea absurda e incluso execrable—: «Estaba d’Arcángelo, por ejemplo.» Bucich, Hortensia Paz, Humberto J. d’Arcángelo, con sus comportamientos sencillos, ingenuos, bondadosos, comprensivos, sin duda ni siquiera premeditados, sino llenos de una espontánea solidaridad, habían impedido que Martín se suicidara. Sobre todo Humberto J. d’Arcángelo. Me di cuenta que el personaje de este hombre, simple pero inteligente, escéptico pero tierno, resentido pero generoso, que representaba un prototipo de esa clase de porteños de los que se pueden encontrar miles y miles en los cafés de los suburbios de la ciudad, me atraía con una fuerza que al comienzo no hubiera sido capaz de imaginarle. Bajé la barranca del parque cuando atardecía. Se encendían las primeras luces, los colectiveros empezaban a iluminar el número de los tableros, al fondo del Paseo Colón se veían las lámparas rojas en las terrazas de los altos edificios. Caminé por Almirante Brown hasta que advertí que había llegado a la calle Pinzón, por la que me interné recorriéndola lentamente. Buscaba, aunque no lo sabía con claridad, el café de Chichín.

En la vidriera de uno de los tantos boliches, todos parecidos entre sí, que proyectaba un rectángulo de luz mortecina sobre la vereda, estaba la leyenda: «Chichín, pizza, fainá, despacho de bebidas». Las letras, descascaradas, tal vez no habían sido vueltas a pintar desde entonces, pensé. Me detuve ante la puerta. Estaba intranquilo. Comprendí que mis pasos, que me habían traído de manera inconsciente, venían en realidad en busca de D’Arcángelo y que ahora temía no encontrarlo. Pensaba que bien podría suceder que se hubiera muerto, o mudado, o, simplemente, que le hubieran perdido la pista. ¿Pero por qué buscaba D’Arcángelo, a él justamente? Me contesté que quería saber algo más sobre la historia de Martín y Alejandra y que quería saberlo de primera mano, no ya a través del relato de un cronista, aunque pudiera haber sido fiel y respetuoso de la historia original. No obstante, pronto reconocí que no era así, que me estaba mintiendo, que ésa era la excusa que tenía preparada para acercarme a Tito, porque en realidad lo que quería era hablar con alguien que me llevara de vuelta al Buenos Aires que había dejado y que creía que iba a reencontrar a mi regreso, aquel que había fracasado en alcanzar a través de mis amigos, que no habían sabido o no habían querido jugar el rol de puente para cruzar el tiempo que yo mismo les había asignado, absorbidos como estaban por intereses muy diferentes a los que nos preocupaban unos años antes, cuando me había ido, así como fracasaba también en el intento de recuperarlo en mis

paseos solitarios y minuciosos, persiguiendo rastros que algún viento traicionero parecía haberse llevado. Porque para consumir el reencontro con la ciudad instintivamente sabía que necesitaba de alguien que hubiera permanecido fiel a sí mismo y que me restituyera la sensación de estabilidad que el extrañamiento, primero, y el retorno, después, me habían hecho perder. Y yo, ahora, estaba convencido de que si había alguien capaz de conseguirlo, ese era Humberto J. d'Arcángelo.

Entré, me acerqué al mostrador. Un hombre de gorra y tiradores colorados limpiaba los vasos con un repasador. Me dio un salto el corazón: sin duda era Chichín, más viejo, pero era él. Tuve la extraña certeza de que si estaba Chichín no podía faltar Tito. Observé el local a mi alrededor, pero allí, sin duda, no estaba. Había dos muchachos sentados a una mesa, un hombre de mediana edad en un rincón, tomando una caña con aire soñador y mirada algo turbia, y otro hombre macizo y retacón acodado en el mostrador. Ninguno respondía a las señas de Tito.

Sin dejar el vaso y el repasador, Chichín se me acercó: «¿Qué desea el señó?», me preguntó profesionalmente. Pedí un cinzano con gin, y mientras me lo servía miré las paredes del café, donde, a las viejas fotografías de Gardel, de Fangio y de Tesorieri, descoloridas y ajadas, se habían agregado la de Roma, la de Valentín, la de Angelito Rojas y la de Edmundo Rivero. Cuando Chichín sirvió el vermouth y ponía sobre el mostrador los platitos de los ingredientes, le pregunté «¿Usted conoce a un señor Humberto J. d'Arcángelo?» «¿Quién Tito?», preguntó a su vez levantando la vista y mirándome a los ojos. «Sí, efectivamente, ¿sigue viniendo por acá?», insistí esperanzado. «Sí, por supuesto, raro que todavía no haya llegado. Estará al caer», contestó Chichín. Sentí un gran alivio. Pero Chichín, intrigado, tal vez sospechando vaya a saber qué cosa de ese desconocido, refregaba empecinadamente el estaño con el estropajo a mi alrededor. Por fin no pudo contenerse más y con una entonación ambigua me preguntó: «¿El señó e amigo?» La preocupación de Chichín y mis propias dudas me decidieron a mentir. Tenía esperanzas de reconocerlo en base a sus señas tan características, que se describen en la crónica, pero temía que los años pudieran haberlo cambiado demasiado. Le contesté: «Nos conocemos, pero no mucho, y además hace años que no nos vemos, ¿usted tendría la bondad de avisarme cuando llegue?» «No se preocupe», me tranquilizó Chichín con aire de suficiencia.

Cuando en el vano de la puerta apareció un hombrecito flaco, con la nariz ganchuda y los ojos a los costados de la cara, un poco como los de los pájaros, enfundado en un traje raído, con un escarbadientes

en la boca y un diario arrollado en la mano derecha, que miraba ansiosamente hacia uno y otro lado, antes de que Chichín me lo señalara silenciosamente apuntándolo con el mentón, no dudé de que era él.

«Salú, Chichín», dijo al entrar, y se dirigió a una mesa junto a una ventana que, aunque no tenía ninguna señal que lo indicara, no había duda que le estaba tácitamente reservada.

Me acerqué. Estaba nervioso. No sabía cómo habría de recibirme. Temía el carácter reservado y algo irascible de Tito. «¿Señor d'Arcángelo?», pregunté con timidez. Dirigió hacia mí la nariz filosa, observé su cara angosta, me miró como rebuscando en la memoria quién podía ser este hombre que no reconocía, y dijo con firmeza: «Servidor.» «¿Me permite?», agregué señalando con la mirada el lugar vacío frente a él. «Haga nomá», respondió con un tono obvio e inquisitivo a la vez.

«Tal vez usted se extrañará», empecé a modo de introducción, no muy seguro de mí. Me miró como diciendo que él ya no se sorprendía de nada, que estaba de vuelta de todas las cosas y, desentendiéndose de mi presencia, clavó la vista en la calle, más allá de la ventana. Continué: «Usted no me conoce, pero yo a usted sí.» Volvió a dirigirme la mirada, sin hablar, pero pareciendo decir: «Ah, sí, pero qué me dice, mire qué cosa.» «Es decir», agregué, «no lo conozco personalmente, sino a través de una historia que leí.» «Ah», respondió sin aparentar sorpresa, como si el asunto no le incumbiera o lo tuviera sin cuidado. «Esa historia de aquel chico, Martín», me sentí obligado a aclarar. «Sí, claro», dijo apoyando la mano huesuda y descarnada sobre el diario, la *Crítica*, que estaba abierta en la página deportiva, y como siguiendo el hilo de sus propios pensamientos: «El señó, ¿qué desea servirse?» Le señalé mi vaso sobre el mostrador; entonces pidió: «Chichín, un cinzano con bitter.» Se hizo un incómodo silencio, felizmente interrumpido por Chichín, que llegó con las botellas y mi vaso a medio tomar. «¿Lo viste anoche por la tele?», le preguntó cuando Chichín estaba a nuestro lado. Este hizo un gesto de asentimiento. «¿Y qué te pareció?» «No anduvo mal y ganamo con justicia.» «Sí, tené razón», respondió d'Arcángelo, y agregó «Todavía falta ensamblamiento en las líneas, pero hay que tener en cuenta que no tuvieron tiempo de acoplarse las nueva adquisicione. Vamo a ver si este año las cosa andan mejor.» «Yo creo que sí, Tito», replicó Chichín mientras le servía el cinzano, y al tiempo que le echaba un chorrillo de bitter exclamó: «Esperemo que los millone que hemo invertido en los cra de Ferro y del Palmeira rindan los fruto esperado. De cualquier manera, esta idea de Armando de los torneo de verano en Mar de Plata es buena, permite el afiatamiento del equipo ante del comien-